

# ¿Por qué soy apóstol?

*Daniel Sada*

*Rector de la Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)*

## 1. ¿Por qué soy apóstol?: pasión

**P**arece que la pregunta de esta mesa redonda alude a algo personal, relacionado con opciones personales, y por tanto de lo que daría reparo hablar en público.

Así lo interpreté al principio, cuando vi el tema propuesto, y pronto caí en la cuenta de que realmente lo definitorio del “soy apóstol” no es la respuesta, sino la invitación; es importante quien invita, no quien responde, con ser necesaria la respuesta.

Desde esa perspectiva me siento algo más libre para hablar de algo que sucede en mi vida como fruto de un regalo fundamentalmente.

Soy apóstol porque Dios ha querido contar conmigo para entender el cristianismo y mi vida en clave de una misión, que responde a una vocación, que a su vez se relaciona con un don. Voy a utilizar los términos que les explicamos en mi universidad a todos los alumnos de primer curso en un camino de acompañamiento individual que hacemos con ellos y que llamamos Mentoría, como parte de una asignatura de introducción a la vida universitaria.

Don es lo que nos define, lo que somos. Es el regalo que Dios nos hace. Los talentos del Evangelio. Lo que tenemos para dar a los demás y darnos a nosotros mismos. Todos tenemos un don, varios dones, y descubrirlo en nosotros y en los demás ya sabemos la trascendencia que tiene.

Vocación es el para qué del don. También nos la regala Dios. Don y vocación son recibidos, no decididos. No se merecen, se acogen (o se rechazan). Podemos descubrirlas preguntándole al autor del regalo; o viendo cómo somos, escuchando los mensajes que la vida nos da según caminamos; o también escuchando a los demás, que a veces nos ven con más verdad que nosotros mismos. El caso es que para creyentes y no creyentes, descubrir el propio don y a lo que estamos llamados con ese don, es vital.

Misión es lo que decidimos hacer con lo recibido. Es la respuesta libre que nos proponemos dar a ese don y vocación recibidos. Podemos decidir que la misión de nuestra vida no esté en línea con nuestra vocación; desoír la llamada; esto es lo impresionante de la libertad de la creatura frente al

Creador. Las más de las veces no acertamos a interpretar la llamada, no sabemos discernir bien la vocación y detectar dónde está nuestro don y para qué lo hemos recibido.

Pero si tenemos la suerte de un buen discernimiento, de parar el carro de la vida cuando está empezando a coger velocidad – normalmente en esa edad tan apasionante y tan crítica como es la adolescencia y los primeros años de universidad –, lo natural es que nos planteemos la vida en clave de una misión que responda coherentemente a nuestra vocación; intuimos que eso es lo que nos va a hacer felices, sin que nadie nos lo diga.

Mi caso fue este. Recibí un regalo: el de conocer un Movimiento que me hizo una propuesta. Mi don no fue el de una inteligencia especial, ni el de una capacidad de comprensión o de caridad grande, o tantos dones con los que a cada uno dota el Señor; mi don fue el de conocer el *Regnum Christi* en sus primeros pasos en España, por ahí de 1974 a través de personas concretas – a las que aprovecho para rendir hoy homenaje de agradecimiento –; lo descubrí a través de personas concretas pero también en compañía de personas concretas, compañeros de camino, a los que Dios nos llamó juntos y que todavía seguimos juntos:

- el regalo que recibimos con el *Regnum Christi* fue descubrir que nuestra vida merecía la pena si la poníamos al servicio de la Iglesia y orientábamos todos nuestros esfuerzos, dentro de la vida seglar, a extender el Reino de Cristo, a que más personas tuvieran oportunidad de encontrarse con Dios en sus vidas;
- y concretamente no con un Dios cultural, religioso, sino con un Dios personal, que habla muy raro y a veces muy bajo, pero que habla a cada persona, con una singularidad que sobrecoge.
- El don que nos fue dado fue el de entendernos a nosotros mismos no como consumidores de servicios religiosos, que nuestro Movimiento o la Iglesia en general nos iban a proveer para nuestra tranquilidad espiritual y un comportamiento correcto. Sino como apóstoles, como personas conscientes de que en la Iglesia o se vive para servir, o no se sirve para vivir; o se utiliza el tiempo, las energías y los dones propios para la misión, o nos convertimos en una higuera seca, sin fruto. Entender esta parte del Evangelio y recibir la invitación a tomármela en serio fue mi gran regalo.

Creo que éste es el motivo de por qué empecé a ser apóstol: de por qué pude dar una respuesta clara a una propuesta que también fue muy clara: se me dijo con sencillez y sin rodeos: si quieres recibir mucho, tienes que

dar mucho, y renunciar a mucho. Jesucristo lo da todo y lo pide todo; así de sencillo.

Y en todo este tiempo lo que caracterizó esta invitación lo resumo con una palabra: pasión.

## **2. ¿Por qué sigo siendo apóstol?: inconformismo**

Con lo dicho hasta ahora parecería que el don y vocación son mérito de Dios y la respuesta con la misión que nos marcamos en la vida, mérito nuestro. Y así vives los primeros años de tu vida apostólica. Más centrado en lo que tú tienes que hacer por Dios que en lo que Dios puede hacer por ti.

Esto introduce un tema delicado y que me permite alargar la pregunta de esta mesa redonda y preguntarme por qué sigo siendo apóstol, más que por qué empecé a serlo. Después de una primera etapa de pasión, creo que pasan o pueden pasar dos tipos de cosas.

Ciertos ardores de la juventud se pasan, al brillo del amor primero se le posa el polvo. Con los años empiezan a oírse una serie de voces, que suenan sensatas, aparentes frutos de la madurez. Son voces que te dicen que no seas tan radical; que no te lo tomes tan en serio; que tus esfuerzos por ser fiel en los pequeños detalles estaban bien cuando eras joven, ahora ya lo que importan son las grandes líneas de tu vida.

Y luego otra tentación o realidad todavía más sutil: el mayor conocimiento de nosotros mismos, de la propia fragilidad y del propio pecado, ponen en cuestión esas seguridades de juventud que nos hacían pensar que podíamos ser útiles, que teníamos músculo apostólico, que estábamos llamados a hacer cosas grandes; esos ardores se ven sofocados por el baño de realismo que nos dan los años, realismo sobre nuestra condición real de pecadores, de limitados, de necesitados de reconocimiento y relevancia, de vanidosos con los éxitos y orgullosos ante los fracasos, de limitados para el amor...

Sin embargo en esta etapa de mi vida, sigo siendo apóstol precisamente porque el Señor me concede una certeza, aunque sea a base de golpes: la certeza de que debemos fijarnos en Quien invita, Quien llama y no quien responde; lo que importa es la divinidad de la llamada y del que llama y no la humanidad, ni la calidad de la respuesta ni las goteras del que responde.

Mi palabra en esta etapa de “seguir siendo apóstol” es: ¡inconformismo!

No me conformo con ir a velocidad de crucero, no quiero bajar el ritmo, quiero renovar el amor primero, quiero seguir estando en primera línea de batalla mientras el Movimiento me necesite y en el puesto que me necesite... No quiero envejecer, funcionarizarme, arrugarme.

La llamada a ser apóstol es muy parecida a la llamada al matrimonio, o al menos así la quiero entender según me la ha propuesto el Regnum Christi. ¿Cómo es la llamada al matrimonio cristiano que nos propone la Iglesia?: es llamada al compromiso total, en el que no cabe el amor o la entrega a otra mujer, porque ya no sería total; ni cabe que sea por un rato, porque si es solo por un rato y no para siempre, tampoco es total; cuando me casé entendí que me comprometía a esto con mi mujer; que a esto me invitaba la Iglesia con el sacramento del matrimonio; pues algo parecido entendí de Dios cuando me llamó ser apóstol: lo que yo sentí que me proponía la Iglesia a través del carisma Regnum Christi era ser apóstol consagrado, total, para siempre; por eso los amigos que tengo, la mujer que busqué para poder compartir esto, y los compañeros con los que trabajo he intentado que compartan esto conmigo.

### **3. ¿Seguiré siendo apóstol?: la confianza**

La pregunta ahora es, para terminar: ¿seguiré siendo apóstol? Ya sabemos que pueden venir dificultades:

- Institucionales: lo estamos viviendo como Movimiento. Ha sido duro todo lo que ha sucedido en el Movimiento. Quizá vendrán más momentos difíciles.
- Personales: también me ha protegido hasta ahora de otras cosas en la vida que suelen suponer verdaderas pruebas para la fe y para nuestra condición de apóstoles: una ruptura matrimonial, un problema importante con algún hijo, una enfermedad desgastante, problemas económicos serios que te impiden sacar a tu familia adelante... En fin, cosas que no nos suenan remotas, sino que tenemos la experiencia de que les llegan a tanta gente alrededor.
- Apostólicas: puede venir también la dificultad de que tu opinión ya no cuente, de que los superiores no te consideren útil, de que la forma en la que me ha tocado ser apóstol, vinculado a retos y proyectos, cambie... Puede ser, y no sé cómo lo afrontaré.

Lo que sí sé es que el Movimiento en esta etapa de mi vida me ha enseñado a confiar.

Este es el nuevo formato del regalo, del don. Puedo confiar en un Dios que me lo ha dado todo, que me ha mimado mucho, y que no va a dejar de hacerlo, aunque permita alguna de esas dificultades.

Hace poco un buen amigo del Camino Neocatecumenal y compañero en la Universidad Francisco de Vitoria, nos decía en una charla de cuaresma que la fe no es una cuestión de convencimiento, sino de confianza.

Le pido al Señor para los miembros del Regnum Christi que nos dé este tipo de fe, la que genera confianza en Él y en que nos sigue queriendo dándolo todo por su Reino. Sean cuales sean las dificultades que hayan de venir.